

los inmensos males que le hace sufrir la inmensa turba de doctores, no se puede echar de sí el pensamiento de felicitar á la humanidad sino hubiera médicos."

De modo que los errores y desvaríos de aquel hombre famoso, han hecho á la ciencia de curar permanecer mucho tiempo en una anarquía completa de sistemas, que se hallaban en contradiccion unos con otros y consigo mismos. Cada una de estas teorías sublimes (dice Hanhemann), asombraba al orbe por su profundidad ininteligible, y atraía á su autor una multitud de entusiastas prosélitos, que nada de provecho para la práctica podían sacar, hasta que un nuevo sistema opuesto al anterior lo hacia caer en olvido con su repentina aparicion. Ninguno de estos sistemas se hallaba acorde con la naturaleza y la esperiencia: todos eran tegidos de sutilezas fundadas sobre consecuencias ilusorias que de nada servían á la cabecera de los enfermos, propias solo para alimentar disputas, y para sutilizar, volatizar, y sublimar la ciencia sobre las estrellas, dejándonos sin remedio por acá abajo.

Así es que la historia de la medicina en muchos siglos solo presenta suposiciones gratuitas é infundadas al que vá á buscar esperiencias rigurosas, teorías que se suceden á teorías; sistemas á sistemas, y á la verdad siempre desconocida. A la escuela galénica que no vé en las enfermedades mas que humores viciados, sucede otra infatuada de su *strictum* y de su *Laxum*; cediendo el humoris mo su lugar al solidismo. En seguida vienen

Hoffman y Boherhaave enseñando principios diametralmente opuestos: mas tarde el electricismo reemplaza á la irritabilidad Halleriana, y Broun pretende despues resucitar el método asclepiadeo: á poco tiempo este escocés cae tambien en olvido para dar lugar á Broussaix que hace triunfar por algun tiempo la teoría de la inflamacion, é inunda benignamente la tierra de sangre y agua gomosa. Viniendo á parar todos estos movimientos de la ciencia en un caos de confusiones contradictorias, sin otro resultado que dejar á los enfermos con sus enfermedades y á la medicina con su impotencia de curarlas. Tal era y es el estado de la medicina, que intenta reformar el inmortal Hanhemann dándole las bases fijas y estables de que carece y elevándola al rango de ciencia. Para seguir á esta en su marcha progresiva conforme al orden de los acontecimientos, deberé ahora dar una breve noticia histórica del hallazgo de la homeopatía por Samuel Hanhemann.

CAPITULO II.

Historia abreviada de la homeopatía y su hallazgo, por el Dr. Samuel Hanhemann.

La palabra homeopatía se compone de los dos radicales griegos Homeios que quiere decir *semejantes, análogos, pahtos, padecimiento, ó afeccion*. Sirve para denotar que la doctrina médica que lleva este nombre, cura las enfermedades naturales

por medio de sustancias medicinales que tengan la propiedad de producir en el hombre sano enfermedades artificiales, *análogas* á las naturales que se intenta curar. El principio fundamental, ó base de la homeopatía es la ley de armonía general, que regla y coordina las tendencias y movimientos de todos los cuerpos naturales, aplicada á las tendencias y movimientos de nuestros órganos, formulada por *similia similibus curantur*.

Si se quiere averiguar la antigüedad de la homeopatía, su origen se pierde en la oscuridad de los siglos. Algunos antes de aquel, en que el grande Hipócrates floreció, la historia nos dice ya, que hubo un pastor llamado Melampo que por medio de la administracion del Heleboro (que entre sus numerosos síntomas produce en el hombre sano.—*Furor.—Ausencia de ideas.—Enagenacion mental y demencia*.) curó á las hijas del rey Preto que por su locura creian haberse convertido en vacas. Curacion lograda á no poderlo dudar, conforme á la ley de los semejantes. Hipócrates entre sus aforismos nos dejó este: *vomitibus vomitu curantur*.—El mismo en su tratado de *morbo sacro*, dice: "*Plerique morbi iis ipsis curantur á quibus etiam nascuntur*." Mas adelante Paracelso ha pronunciado igualmente: "*Neque unquam ullus morbus callidus per frigida sanatus fuit, nec frigidus per callida: simile autem suum simile frequenter curavit*." El Dr. Santa María en la introduccion á su nuevo formulario médico-farmacéutico impreso en 1820, dice: "*Imposible es que estos hechos no*

sean mas que casualidades felices: indudablemente penden de alguna gran ley terapéutica:" en otra parte de la misma obra: "*Indudable es que curamos algunas veces obrando en el mismo sentido de la naturaleza, y completando por nuestros medios el esfuerzo que ella emprendió y que no tiene fuerza para concluir*." Tambien Sidenham se espresaba en el siglo XVII en estos términos: "Un verdadero médico es el que cura radicalmente una enfermedad crónica, destruyendo por un remedio *apropiado* la especie de enfermedad, y no el que no hace otra cosa que introducir una nueva cualidad al lado de la primera, lo que puede ejecutarse sin destruir la especie: un método que introduce simplemente cualidades diferentes, tiene el mismo poder de curar inmediatamente las enfermedades *especificas* que la espada para apagar el fuego." Riverio dice, que ha curado él mismo intermitentes soporosas administrando el ópio en el intervalo de los accesos. Se sabe que la terrible enfermedad llamada *Sudeta inglesa* cede como milagrosamente á los sudoríficos. Juan Pedro Frank maravillado de ver ceder algunos flujos de vientre al uso de los purgantes, pregunta, si los drásticos serán capaces de curar la diarrea.

En todos tiempos ha habido célebres prácticos que han presentado la homeopatía, sorprendidos de curaciones maravillosas obtenidas con remedios venidos á sus manos como por casualidad, y aplicados contra los principios de la ciencia que profesaban y enseñaban. Sin salir de nuestra era ni de la

capital en que escribo, y apelando á la buena fé de mis profesores les preguntaré: si con frecuencia no disponen contra las intermitentes producidas por un miasma pantanoso la quina, que en el hombre sano produce un estado morboso análogo. También confesarán que ninguno de ellos llamado al socorro de un asfixiado por el frio, le aplicará cubiertas calientes ú otro medio contrario al frio, sino este mismo por medio de las fricciones con nieve etc. Que á las oftalmias oponen colirios estimulantes, que en el sano las provocan: infusiones aromáticas calientes en las calenturas catarrales: rui-barbo contra las diarreas crónicas: mercurio contra la sífilis: azufre contra la sarna etc. etc. De modo que apenas se pasará día de su práctica en que no haya tenido lugar alguna medicacion obrada bajo la jurisdiccion de la ley de los semejantes, aunque no lo hayan percibido.

De donde se vé claro que la homeopatía, aunque desconocida, en todo tiempo ha habitado entre nosotros: que ha sido presentida por unos, y anunciada por otros desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, en que el inmortal Hanhemann la ha demostrado, formulado, dogmatizado, y dado las numerosas aplicaciones prácticas, que de la misma aparecen.

Este hombre extraordinario, dotado de un raro genio de observacion, químico sobresaliente y hábil naturalista, ayudado de sus grandes conocimientos en estas y las demas ciencias naturales, se dedicó al estudio de la medicina, en cuya facultad ob-

tuvo el grado de doctor al terminar los años legales de escuela. Un talento sobresaliente y ávido de saber no se contenta con el comun conocimiento de la profesion que vá á formar su destino; la examina por todos sus lados, calcula, pesa y medita su valor, sus perfecciones y sus defectos. Esto fué lo que hizo Hanhemann, y lo que le mostró en la ciencia médica un cúmulo de hipótesis arbitrarias en contradiccion con las leyes de la naturaleza, de la razon y de su concienzoso corazon, que le determinó á no practicar su profesion mientras esta no le ofreciese medios mas directos y menos hipotéticos que poder emplear en el tratamiento de sus enfermos. Renunció pues absolutamente al egercicio de la medicina, lo que le dió lugar de ocuparse en el estudio de las lenguas estrangeras, aficionándose con preferencia á la inglesa, que le proporcionó los medios de subsistencia en la traduccion de los autores médicos de esta nacion.

Con todo el candor que le es natural confiesa él mismo, que en la lectura del tratado escrito sobre la quina por el Dr. Cullen, fué donde tomó la primera idea de experimentar esta sustancia sobre sí mismo, y asombrado de que le hubiera producido una enfermedad muy parecida á la fiebre intermitente, repitió varias veces la esperiencia y siempre con los mismos resultados. De Newton se cuenta que paseándose un dia, vió caer del árbol al suelo uno manzana, en ocasion de hallarse todo su ánimo ocupado en buscar las leyes de la atraccion: esto le abrió el camino para descubrir despues, que esta

se hacia en razon directa de las masas y del cuadrado de las distancias. Lo que la manzana para Newton fué la quina para Hanhemann.

Este se resolvió á sujetar á la prueba sobre su propio organismo otra multitud de sustancias que le dieron las series de síntomas de donde han tomado origen los cuadros fieles que representan todas nuestras enfermedades, y componen la materia médica pura que lleva su nombre. Esto fué abrir un campo, cuya inmensa estension hubiera acobardado al valor ordinario: pero Hanhemann sin socorros, ni otro apoyo que sus luces y filantropía, acomete esta empresa gigantesca.

Continúa tomando en ayunas una dosis del medicamento que quiere experimentar; si pasadas algunas horas no le produce síntoma alguno, toma otra mayor cantidad del mismo. Anota con cuidado, sin omitir los mas lijeros matices, cuantos síntomas señalan su accion sobre el organismo: repite la prueba del mismo medicamento muchísimas veces en diversos sugetos sometidos á las mismas condiciones de régimen. Variando el sexo, la edad y la constitucion de las personas sujetas á la prueba, debia obtener, no solo todos los síntomas que el medicamento tenia la facultad de producir sino tambien los diversos grados de influencia patogenética relativos á la diversidad de edad, sexo y constituciones.

Principió Hanhemann estas esperiencias el año de 1790, y permaneció repitiéndolas sin publicarlas, por espacio de 30 años, formando un cuerpo de

doctrina, que pasado este tiempo, para asegurarse mas y mas de la verdad de su descubrimiento, dió á luz, con sorpresa de todo el mundo médico.

Admiremos de paso el ardiente amor á la humanidad e inclinacion á lo verdadero, que determinó á este genio tan sublime y extraordinario á sufrir treinta años continuos, que invirtió en los experimentos sobre sí mismo, padeciendo una enfermedad artificial por cada medicamento que experimentaba, con un dolor por cada síntoma de ella, aunque teniendo en su mano los medios de moderar el ímpetu y la duracion, porque la homeopatía, en posesion de sus antidotos ó moderadores de la accion de sus dosis, cuando es escesiva, se asemeja á la lanza de Aquiles apta para curar las heridas que la misma hacia. Honor y respeto al hombre filantrópico, que á imitacion de nuestro divino Redentor abrumó su cuerpo de penalidades para disminuir las del género humano! ¡Y con que aire de candor y de bondad nota la semejanza de los síntomas del medicamento con los de las enfermedades naturales! ¡Que cuidado y esmero en evitar todo descuido en sus indagaciones!

Si en el acto de la prueba acontecía algun accidente físico ú moral, que pudiera modificar el resultado de la esperiencia, como un susto, un vivo pesar, un acceso de cólera ó una falta de régimen, la esperiencia, en que ocurría se tildaba, se tenia por nula y se principiaba de nuevo. Para evitar aun la menor apariencia de error, ponía Hanhemann un extremo cuidado, tanto en la eleccion de las sustan-

cias, como en las condiciones de los sujetos sometidos á la prueba de ellas. Los tres reinos de la naturaleza fueron puestos en contribucion con la misma sagacidad y el mismo escrúpulo.

Una cosa bien digna de notarse es, que por variadas que sean las constituciones individuales, y no obstante la diferencia de la edad y del sexo, siempre y constantemente señala el medicamento sus síntomas modificados, es verdad, en cuanto al grado de impresion sobre la parte sensible ó irritable del organismo, pero invariable en su esencia.

Esta invariabilidad en la naturaleza de la impresion demuestra claramente la especificidad de las sustancias medicinales. De aquí dedujo Hanhemann la consecuencia tan natural de que las dosis del medicamento deben ser variadas y puestas en relacion con el grado de impresionabilidad del sujeto sometido á la esperiencia.

De la esperimentacion sobre el hombre sano, pasó á la contraprueba de ella y vió que todas las sustancias que hacian nacer en el organismo sano un estado patogenético *sui generis*, tenian la facultad de borrar de un modo suave, pronto y permanente, otro asemejado á él en el enfermo, lo que dió motivo al sabio fundador de la homeopatía para sentar que: la ley de *Analogia general* que rige el universo aplicada al cuerpo humano y formuladas por *Similia similibus curantur*, es la única ley natural que envuelve la ley de curacion de las enfermedades, y es el principio fundamental ó la base de la homeopatía. De ella procede como conse-

cuencia obligada esta otra ley.—La enfermedad *secura del modo mas directo, mas pronto y mas seguro*, por un remedio capaz de producir en el cuerpo sano una afeccion artificial que sea *análoga* á la que se trata de destruir. Las mismas consideraciones fundadas en aquellos actos esperimentales, le dieron motivo á establecer, que: cada remedio posee dos propiedades diferentes, segun se administra al hombre sano ú al enfermo; que la primera de estas dos propiedades, es patogenética, palabra griega que quiere decir: *generador de padecimientos*, por cuanto desarrolla en el organismo sensaciones dolorosas y le constituye enfermo.—Que la segunda propiedad es terapéutica ó curativa, es decir, apta para dar la salud al cuerpo enfermo.—Que estas dos propiedades del medicamento no son diferentes mas que en la expresion, constituyendo una sola, é idéntica fuerza que desarrolla síntomas en el organismo sano y los hace desaparecer del organismo enfermo: Que de esta doble facultad de las sustancias medicinales se sigue que un medicamento no tiene la propiedad de curar, sino porque tiene la de hacer enfermar.

Estas proposiciones, principio fundamental de la homeopatía, son como se ha visto, la expresion fiel de los hechos que resultan de dos órdenes de investigaciones, á que Hanhemann se entregó con ardor por espacio de treinta años, como queda arriba dicho. Las unas tienen por objeto determinar la accion de los medicamentos sobre el cuerpo sano: las otras comprobar la accion de estas sustancias contra enfermedades *análogas* á las que el medicamento tie-

ne la propiedad de producir en el hombre que goza salud. En estos dos órdenes de investigaciones la experiencia ha hablado de tal modo, que la homeopatía se presenta como una verdad incontestable, porque toda persona de buena fé que tenga los conocimientos necesarios, si repite las experiencias del fundador, obtendrá los mismos resultados y le confirmarán la exactitud de su doctrina.

Queda pues demostrado, que la homeopatía es de una antigüedad, que se pierde en la noche de los tiempos; que en todos ellos y hoy día se ha practicado y practica, aunque sin saberlo; que muchos médicos en todas épocas la han presentado, otros la han anunciado, y que Hanhemann solo ha tenido la gloria del descubrimiento de todas sus leyes, y de formar un cuerpo de doctrina racional, y finalmente, que esta doctrina con sus axiomas y corolarios, no se ha establecido *á priori*, no ha nacido de hipótesis precedente; tiene otro origen mas puro, otro fundamento mas sólido que las demas doctrinas médicas; la simple prueba.

CAPITULO III.

Protestacion de fé médica del autor.

Hijo de un Dr. en medicina, y dedicado por eleccion propia al estudio de la profesion paterna, lo emprendí con todo el empeño de que era capaz, y con el mismo despues de haber dejado los bancos de la escuela, continúe siguiendo siempre á la ciencia en sus progresos, porque mi vocacion por el arte salvador de la vida de los hombres, no podia

ser mas decidida. El ardiente deseo de poseerlo en lleno, hizo que cuantos sistemas ha conocido la medicina desde su orijen, fuesen repetidas veces el objeto de mis meditaciones sujetándolos al mas severo exámen. Todos parecian ofrecer alguna cosa interesante; pero ¡oh que enormemente contrapesada de inmensos errores! Cuanto mas profundizaba en el estudio de una ciencia que hacía todas mis delicias, mas mis dudas se aumentaban y mi penosa confusion crecia. Afanado en busca de la verdad, recorria los monumentos de la ciencia, donde solo hallaba hipótesis vacías, sombras, á lo mas probabilidades, pero la verdad no parecia.

Si contemplaba en el órden que la providencia ha establecido para la conservacion de los seres vivientes, veia que los frutos y demas producciones de la naturaleza, destinados á servir de alimento al hombre y á los brutos, diferian en América de los de Europa, v. gr. cuidando así de poner en cada clima lo necesario para realizar estos fines en unos seres diversamente modificados por la diversidad de climas. Todos admiten sin pena, que el mundo y cuanto contiene está destinado por el Criador al bien estar del hombre; junto á este mismo deben pues estar los agentes terapéuticos para cada una de sus enfermedades; pensar de otra manera seria suponer manca la providencia, que tan solícita y cuidadosa vemos por otro lado. En el órden físico y fisiológico, cada ser corresponde á una necesidad determinada del hombre; cada enfermedad pues en el órden patológico debe tener tambien su correspondiente

remedio, pero ¿cómo hallarlo? ¿Cómo conocerlo? ¿Qué reglas seguir en su aplicacion? No se puede concebir que de un monton de drogas hacinadas en una receta haya, cada una de ellas de ir á diverso distrito ó region del cuerpo humano á desempeñar el destino que el capricho del médico le ha señalado, sin tener cuenta alguna con sus propiedades medicinales, que de ningun modo puede revelarnos este procedimiento, pues no es posible acertar en tal concurso de agentes, á cual de ellos se debe el bien ó el mal subsiguiente á su administracion.

Las diversas y numerosas obras de materias médica no podian sacarme de mi penosa incertidumbre, no siendo en rigor otra cosa que una série de indicaciones sin motivo, y de prescripciones sin resultado. En la medicina considerada en general, echaba de menos un principio generador, una ley fundamental por la que se esplicasen todas sus partes, y me sirviese de guia práctica, pues la de los contrarios bajo cuya dependencia se creia proceder cuando no se obraba empíricamente, sobre estar mal formulada, ya era inaplicable; ya paliativa y las mas veces perjudicial: las diversas patologías no me ofrecian otra cosa que signos hipotéticos de síntomas mal estudiados, agrupados artificialmente para representar una enfermedad, tambien problemática que se pretendia curar.

Tal estado de duda y de incertidumbre me tenia en una inquietud de ánimo y disgusto continuos, sin poderme acercar á los enfermos sino temblando. Yo era en el rigor de la espresion un curandero

autorizado por la ley: esto no obstante y á pesar de mi repugnancia, era menester hacer algo; yo curaba pues, y los demas médicos curaban algunas veces, y lo que mas me sorprendia, era el que estas curaciones eran lo mas frecuentemente logradas con medicamentos tomados de la práctica vulgar, y administrados contra las reglas del arte, lo que aumentaba mas mi confusion, y la desconfianza en las reglas terapéuticas que se me habian inculcado en la escuela.

Esto me dió motivo á reflexionar que tales curaciones no podian ser casuales, porque en la naturaleza nada sucede sin sumision á una ley natural, constante é invariable, y para la curacion de las enfermedades, era preciso que tambien la hubiese, pero ¿dónde la hallaria? Solo la casualidad ó un gran genio podian descubrirla, y entre tanto era forzoso esperar. Lo único que me consolaba en mi sensible situacion, era el considerar que yo hacia cuanto de mí pendia para encontrar la verdad, y si mis libros no me la mostraban, la culpa no era mia; el defecto estaba no en mí, sino en la ciencia misma.

Con todo, para acallar mas los gritos de mi conciencia, voy á pedir consejo á un médico de grande reputacion, y cuya práctica era de las mas felices en resultados. Despues de haber escuchado atentamente mi larga confesion médica, me dió por toda respuesta: "diez años he estado aprendiendo á recetar, y treinta hace que estoy aprendiendo á no recetar." Descontento de una contestacion tan la-

cónica como poco satisfactoria de mis justos deseos, me dediqué á escudriñar y acechar la conducta de aquellos médicos, cuya práctica era mas certera. Este género de espionage me hizo luego percibir que aquellos hombres habian sustituido una medicacion expectante á otra medicacion mas peligrosa. Desde entonces limité toda mi terapéutica al uso de los humetantes y otros medios de igual suavidad: algun paliativo en casos urgentes, á desembarazar, cuando se podia, el organismo de los obstáculos que pudieran estorbar su triunfo sobre el mal, á tener en lo posible al enfermo á cubierto de las influencias nocivas exteriores, á modificar el medio ambiente, uniendo todo esto á un régimen severo, y dejando todo lo demas á cargo de los esfuerzos convergentes de la naturaleza, próvida siempre de medios y abundante en recursos. En lo sucesivo no tuve motivo de arrepentirme de la resolucion tomada, que me proporcionaba resultados satisfactorios, mas frecuentes que antes, pero una voz interior me decia, que era necesario saber curar, y no contentarse con solamente no ser homicida.

Precisado cual me veía á seguir en mi práctica un método incompleto á falta de otros mejores, júzguese con que avidéz me arrojaria al exámen de la doctrina de Hanhemann, cuando llegó á mi noticia; y como en los escritos de este grande hombre hay una espresion tan precisa y tan afirmativa, unida á tanta verdad espresada con candor y con una lógica irresistible; su lectura desde luego me produjo un principio de conviccion, detenido en su pro-

greso por las preocupaciones que me habian acompañado desde la infancia médica: pero cuanto mas leia y meditaba, tanto mas persuadido quedaba de la verdad y utilidad contenida en ellos, hasta que mi conviccion íntima se verificó relativamente á la teoría. En seguida someto por espacio de dos años esta teoría al crisol de la esperiencia, y sale de él con mas brillo y esplendor: la luz de la verdad tras de que tanto habia corrido en la larga noche oscurecida por las nieblas alopáticas, se presentó con toda claridad á mi vista, y con la misma se presentará al que no se empeñe en cerrar los ojos. Cincuenta y seis años tenia yo entonces de edad, por cierto bastante adelantada para principiar una nueva série de estudios pesados y profundos: parecia natural que esta circunstancia resfriase mi resolucion de emprender tan penosa tarea, mis amigos se valian de esta consideracion, que sin cesar ponian á mi vista para que abandonase mi empeño, pero esta misma consideracion fue la que me apresuró á ponerlo en ejecucion. Me hacía ver que habia pasado la mayor parte de mi vida en un estado neutral para la humanidad, y no queria dejar de aprovechar mis restantes dias con mas utilidad de aquella, ya que la ocasion tan deseada se habia presentado.

No se me ocultaba que la suerte de los que proclaman una verdad útil, opuesta á las preocupaciones mas antiguas, en pugna con los intereses y el egoismo de muchos particulares, y que hiere el amor propio desordenado, es siempre bien penosa

y acibarada, porque todo esto está en el orden de los acontecimientos humanos. Mas de una vez se presentaron á mi memoria los nombres de Galiley, Cristóbal Colon, Harveo, Davi, Jener, y aun el del mismo Hanhemann, haciéndome temer una suerte como la de estos por intentar estender en nuestra nacion una verdad utilísima, igual en esto á las de aquellos, de las cuales hoy nadie duda sino que al contrario se aprovechan de ella, bendiciendo á sus autores, sin embargo de que cuando las anunciaron, se tuvieron por absurdos, hasta que un exámen riguroso y detenido, orilló esta equivocacion y despues con el tiempo se hicieron familiares, pues lo maravilloso no lo es sino por nuestra ignorancia.

Todas las consecuencias desagradables que me ha traído el reconocimiento de una verdad, yo las preveía, pero como á mi, lo mismo que á todos los demas médicos, al concederme la ley el derecho de vida y de muerte sobre mis hermanos, se me exigió el juramento que hice de ejercer bien y fielmente mi profesion, y era necesario cumplirlo, ó renunciar á la consideracion de hombre honrado, á la sana moral, á la religion, á lo que se debe á Dios y los hombres, á ninguna de las récias persecuciones, injurias, desprecios, amenazas, ni aun las asechanzas que han armado contra mi vida los adversarios de la homeopatía y míos, no me ha cogido de sorpresa, ni han sido bastante á hacerme dar paso atrás en los nueve años que ha que camino por la homeopatía adelante, con gravísimo de-

trimento de mis intereses. En parte estoy indemnizado de aquellos sufrimientos, con el placer que produce en el ánimo un deber bien cumplido, y los resultados felices de que mi práctica se hace mas amena cada dia.

El testimonio de mi conciencia, sanciona mis actos: sin cesar me dice que obro bien; esto me basta y me da el valor suficiente para procurar llevar á cabo mis justas pretensiones, cualquiera que sea la conducta que adopten para contrariarla mis disidentes comprofesores. El público sensato y el tiempo que pone cada cosa en su lugar, me harán justicia; entre tanto seguiré dándoles á conocer el estado de sus mas caros intereses, cuales son su salud y su vida: á este fin les presentaré en la continuacion de mi obra los principales puntos controversiales de la doctrina de ambas escuelas, para que puedan compararlos y juzgar con conocimiento de la materia; principiando por poner á su vista el espíritu de la homeopatía en el capítulo siguiente, que es la traduccion literal de la memoria que con el mismo título publicó Hanhemann en 1813, y que no he querido extractar por no disminuir su mérito.

CAPITULO IV.

Espíritu de la doctrina homeopática.

No se puede conocer la esencia de las enfermedades y los cambios ocultos que producen en el